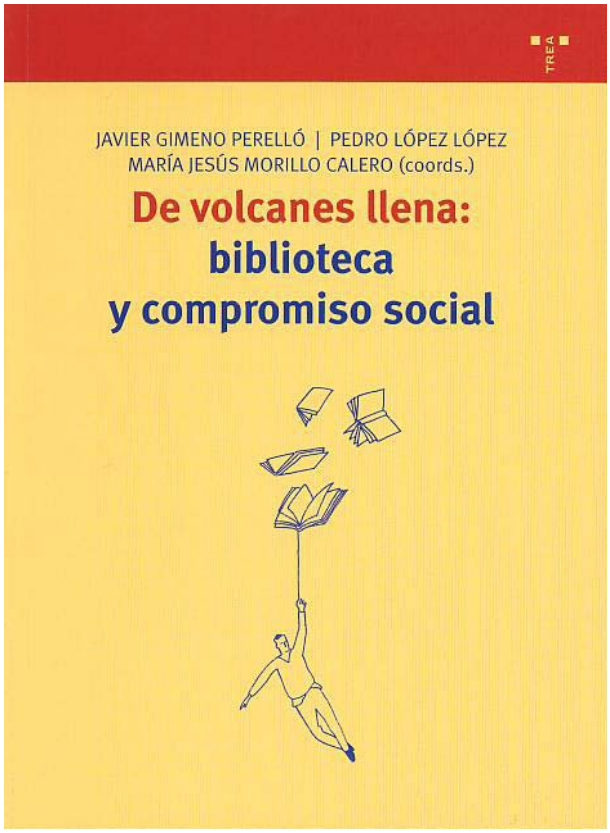
Reseñas de libros

Reseña del libro: Gimeno Perelló, Javier, López López, Pedro, y Morillo Calero, María Jesús (Eds.) (2007). *De volcanes llena: biblioteca y compromiso social*. Gijón, Asturias: Ediciones Trea, ISBN: 978-84-9704-317-5, por: Javier Gimeno Perelló (ESPAÑA)



Libro presentado en Santiago, Chile, Universidad Tecnológica Metropolitana, Facultad de Administración y Economía, Departamento de Gestión de la Información, 13 de Diciembre de 2007.

De De Volcanes Llena: Biblioteca y compromiso social. Este libro habla más de ideales, o de deber ser, que de doctrina bibliotecológica propiamente tal. "Yo no voy a morirme / salgo en este día lleno de volcanes / hacia la multitud, hacia la vida", escribe Pablo Neruda en el poema que inspiró la primera parte del título.

Porque, ¿qué son las bibliotecas sino un cúmulo de energía y vitalidad para expandir con la fuerza de volcanes las ideas o la creación contenida en los libros o en las memorias digitales? ¿Qué somos los bibliotecarios sino mensajeros de cuanto pensamiento o arte se alberga al interior de los muros de las bibliotecas o en el ciberespacio de la biblioteca sin muros para ofrecérselo generosamente a nuestros lectores?

El libro pretende hacerse eco de la ética del discurso bajo un imperativo moral kantiano: hacer de la profesión un acto de compromiso con el otro. Un ejercicio de alteridad. Nuestro trabajo no es un trabajo solitario: trabajamos con y para los demás, para nuestros usuarios, nuestros lectores, acercándoles, sirviéndoles información, cultura, conocimiento; satisfaciendo un derecho elemental, un derecho humano: el derecho a saber y a estar informado, en el afán de la UNESCO proclamando en su Manifiesto su *fe en la biblioteca pública como una fuerza viva para la educación, la cultura y la información, y como un agente esencial para el fomento de la paz y del bienestar espiritual a través del pensamiento de hombres y mujeres.*

El libro no habla de cuestiones técnicas, o no sólo, aunque las considera, como no puede ser de otro modo. Tampoco habla de tecnología propiamente tal, si bien la estima imprescindible, pero sin prestarse a su ciega fascinación. El libro nos habla de cuanto hay detrás, en el trasfondo, de esta profesión: nos cuenta de su corazón y de su alma, porque *la profesión va por dentro*. Trata de abrirnos, y modestamente, creo que algo logra, nuestra sensibilidad como bibliotecarios y bibliotecólogos, pero también como personas, ante ese *"amasijo de manchas confusas",* como refiere el mundo un personaje de los maravillosos cuentos orientales de Margueritte Yourcenar. Y trata de contribuir muy modestamente al logro de otro mundo diferente, màs humano, màs justo, necesario, utópico, y por tanto, posible, pues, al decir de Galeano, la utopía al menos sirve para caminar. A adquirir compromiso social, ya que *"no faltan los motivos",* tal como afirma
Saramago en el prólogo.

El filósofo y escritor español Santiago Alba Rico evoca en su libro *Leer con niños* los bellos parajes árticos para representar el mundo. Allí, los osos polares sobreviven encima de los frágiles bloques de hielo que el calentamiento terrestre aún no ha alcanzado a derretir del todo. Para el escritor, estos osos que luchan denodadamente para llegar a los hielos firmes y no sucumbir agotados y ahogados bajo las gélidas aguas,

somos nosotros, los humanos, que sobrevivimos en este mundo en descomposición nihilista a causa del individualismo, la ciega competitividad, el culto enfermizo al dinero y al éxito fácil, la banalidad, el egoísmo, la ausencia de valores éticos.

De alguna manera, los autores de este libro y muchos que aún pensamos que nuestro trabajo puede ayudar a mejorar algo este mundo, nos identificamos con aquellos osos a la deriva sobre los frágiles bloques de hielo. Sólo que, a diferencia de los osos, que sólo tratan de sobrevivir, nosotros podemos y debemos, tenemos el imperativo moral de hacer y actuar antes de que el piso se nos derrumbe bajo los pies.

Tal vez el saber, el arte, la ciencia, la literatura, el libro por sí solos no pueden transformar el mundo. O quizá sí. Quizá sí desde el instante en que abrir un libro y ofrecérselo a otro, éste, todos nosotros, comenzamos a preguntarnos, no esencialmente para buscar una respuesta, sino para cuestionarnos a nosotros mismos y al mundo, y ver qué pasa y lo que nos pasa. *"Leemos para saber que no estamos solos"*, escribió un día el autor Charles Lewis. Cuando nos hallamos ante un individuo convertido en insecto o nos topamos con un tipo peleando contra molinos que parecían gigantes porque acaso lo eran, o con el hombre que en los tiempos del cólera fue capaz de esperar cincuenta años a la mujer de sus sueños, o aquel otro que huyendo de la lluvia se reencuentra con Ilona, su pelo color miel y el mar de su mirada, cuando amanecemos, en fin, rodeados de ojos oceánicos donde estiramos nuestras tristes redes, arrullados por el ruido de dos cuerpos cernudianos que se aman, o sumergidos en ciudades invisibles, un rayo que no cesa se apodera de nosotros y nos anuncia que todo puede ser diferente y a la vez real pero mágico y maravilloso.

No es preciso buscar la Ciudad del Sol de Campanella, la Utopía de Tomás Moro, la Isla de Nunca Jamás, o la Ítaca de Kavafis. Paraísos que no habremos de encontrar nos hallarán a nosotros si somos capaces de abrirnos a lo maravilloso. "Lo maravilloso, señala el novelista castellano Gustavo Martín Garzo, al contrario de lo que suele decirse, no nos aparta del mundo sino que hace de ese mundo el reino de la posibilidad".

Leer un libro, sigue contándonos Martín Garzo, es también caer, como la Alicia del País de las Maravillas, por el hueco de un árbol y aprender a amar las preguntas, antes incluso de estar en disposición de contestarlas. Conformarnos, en suma, con *la mitad del conocimiento*. El lector *"no es sino ese barón rampante de Ítalo Calvino que, viviendo entre las ramas de los árboles, se alimenta de sus frutos intangibles"*. Pues *"La belleza y la cultura hacen al sujeto más sensible, más intolerante hacia la vulgaridad",* nos recuerda el filósofo Jünger.

El libro que hoy tengo el honor de presentarles a Uds. es el resultado de una inquietud por expresar algunas de las muchas ideas que sostienen la necesidad de establecer el compromiso social de esta profesión y de sus profesionales. Muchos son los bibliotecarios y bibliotecólogos que, como luego veremos, han reflexionado, escrito, enseñado y trabajado desde los años 30 del siglo XX en diversos países, sobre los diferentes aspectos que conforman una corriente de doctrina y de pensamiento en el ámbito de la Bibliotecología: la llamada *Bibliotecología social, Bibliotecología crítica*, o como comenzó a llamarse en EE.UU, *Bibliotecología Progresista,* a partir de la asociación *Progressive Librarians Guild* y su publicación *Progressive Librarian*.

Esta obra ha contado con el inestimable respaldo del Premio Nobel de Literatura, escritor genial y persona comprometida con causas justas, es decir, hoy por hoy, bastante perdidas, el novelista portugués José Saramago, quien tuvo la gentileza de redactar el prólogo, donde nos cuenta sus aventuras lectoras en el Paraíso Perdido de John Milton o de la mano de Alonso Quijano en la primera biblioteca que visitaba como lector, una biblioteca de la Lisboa de finales de los años 30, *"un lugar –narra Saramago- donde el tiempo parecía haberse detenido, con estantes que cubrían las paredes desde el suelo hasta casi el techo, las mesas con sus pequeños atriles, a la espera de lectores, que nunca eran muchos [...] No puedo recordar con exactitud* –continúa Saramago- *cuánto duró esta aventura, pero lo que sé, sin sombra de duda, es que si no fuese por aquella biblioteca antigua, oscura, casi triste, yo no sería el escritor que soy. Allí comenzaron a escribirse mis libros"*.

La también novelista, y hasta hace pocos meses directora de la Biblioteca Nacional de España, Rosa Regás, se brindó a hacernos la presentación escrita, al igual que hiciera con nuestro anterior libro: *"Información, conocimiento y bibliotecas en el marco de la globalización neoliberal",* publicado también por esta misma editorial, Trea.

Y el prólogo de Blanca Calvo, directora de la biblioteca pública de Guadalajara (España), quien fuera hasta hace pocos meses consejera de cultura de la Comunidad de Castilla-La Mancha, y mucho antes, alcaldesa de aquella ciudad, pero sobre todo, gran defensora y propulsora del compromiso social de los bibliotecarios y mejor persona y amiga.

Como ven, el libro no se halla falto de excelsos padrinos. Desde el principio, ha contado con el aplauso de muchos colegas de profesión, así como de escritores, profesores universitarios e investigadores. Y de amigos nuestros y muchos lectores de nuestras bibliotecas.

Sus autores somos todos bibliotecarios y bibliotecólogos, algunos dedicados también a la docencia y a la investigación. Y podemos decir que es un libro internacional, además, obviamente, de colectivo: han participado 19 autores de Argentina, México, Venezuela, EEUU, Reino Unido y España.

Como no podía ser de otra manera en un texto que habla de acceso gratuito y libre al conocimiento, los autores dejamos constancia al comienzo del libro de que *somos contrarios a la aplicación de cualquier gravamen a las bibliotecas por el préstamo de libros, y, en consecuencia, nos oponemos a que ninguna entidad de gestión recaude cantidad alguna en su nombre.*

Son cinco los conceptos generales que conforman las cinco partes de que se compone esta obra, para lo cual, los coordinadores pedimos a estudiosos o especialistas en cada tema que redactaran un capítulo según sus investigaciones y preferencias. Así, siete autores escriben en los cuatro capítulos que constituyen la I Parte sobre diferentes aspectos relacionados con el concepto *ética y compromiso social* de los profesionales de la información. Dos autores reflexionamos en sendos capítulos acerca de la *privatización del conocimiento* en
esta segunda parte. Los *desastres de la guerra* conforman un espeluznante episodio que por desgracia sigue apareciendo en la prensa de actualidad y que certeramente exponen cinco autores en la III parte. *Bibliotecas para la diferencia y Biblioteconomía para la democracia* son, respectivamente, la IV y V parte del libro,
para finalizar con el discurso que el investigador venezolano Fernando Bàez, autor también del capítulo *Las bibliotecas en guerra,* diera el 10 de diciembre de 2006 en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, con motivo de la entrega de premios del *Concurso Latinoamericano de Investigación en Bibliotecología, Documentación, Archivística y Museología.*

En la I Parte, *Ética y compromiso social,* nuestra colega y amiga de la BN de Madrid, Maria Jesús Morillo Calero, coordinadora asimismo del libro, comienza su capítulo *El compromiso de bibliotecas y bibliotecarios,* con una cita del escritor John Berger, quien nos advierte de lo que ocurre cuando la obtención de beneficios es el único medio de salvación de la humanidad: ocurre –dice Bergerque *"lo que de verdad existe ha de ser ignorado o suprimido o anulado".* Ma. Jesús Morillo se refiere, entre otros aspectos, al peligro que para las bibliotecas significa la privatización de sus servicios y la importancia de mantener el carácter público de estas instituciones y de todas sus prestaciones, su sentido de propiedad colectiva, no privada. Y llama la atención de la ausencia de autocrítica de muchos profesionales ante las incursiones empresariales,
nominadas con el eufemismo *externalización,* de los servicios, cuando no venta, de información y documentación.

A pesar de lo cual, las bibliotecas continúan siendo garantía de defensa de la democracia, las libertades públicas, los derechos humanos y el acceso a la cultura y al conocimiento, como reconocen la UNESCO e IFLA, cuyas declaraciones son auténticos compromisos sociales y políticos que reúnen el consenso general de toda la profesión sin apenas excepciones. Consenso, señala Morillo, *"bastante acrítico, como si no fuera necesario defender estos compromisos en el día a día",* como si ya hubieran sido alcanzados y fueran irreversibles.

Por ello, la autora de este capítulo, y naturalmente, todos los autores del libro, junto con muchos otros colegas, subrayamos la necesidad de mantener vivos todos los compromisos suscritos por la UNESCO/IFLA y por muchas asociaciones profesionales nacionales como la ALA en EEUU o Library Association en Reino Unido. Como señala el editor de la revista estadounidense *Progressive Librarian,* Mark Rosenzweig, la biblioteconomía, si quiere sobrevivir, no debe abandonar sus raíces surgidas del denominado "humanismo democrático" que, *"en las actuales circunstancias, es un desafío al poder, a los*

privilegios e intereses privados que se disfrazan de intereses humanos generales. Si la biblioteconomía no es eso, dentro de poco no será nada. Será barrida por el tsunami del capitalismo globalizado, otra institución de la esfera pública desaparecida bajo las ciegas y aparentemente inexorables fuerzas del mercado. Es por ello que debe proponerse un compromiso con una práctica esencial aunque esté amenazada".

La visión latinoamericana de este compromiso es ofrecida por las colegas argentinas Rita Candame y Tatiana Carsen, y los mexicanos Óscar Maya y Martín Vera, quienes analizan el decurso de la llamada *Bibliotecología social o progresista,* definida como *"aquella que procura el progreso social y admite ideas diversas con énfasis en la formación de la ciudadanía, compromiso social para el desarrollo social"*. Bibliodiversidad, la preservación del patrimonio cultural, o la misión bibliotecaria en comunidades indígenas, son algunos de los temas que aborda esta disciplina.

Con éstos y otros mimbres surgen en este continente grupos como el mexicano *Círculo de Estudios sobre Bibliotecología Política y Social (CEBI),* el argentino *Grupo de Estudios Sociales en Biblioteconomía y Documentación (GESBI),* la *Comunidad de Estudios Sociales Alternativos en Bibliotecología (CESABI),* de Uruguay, *Acción Colectiva de Estudiantes de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia* (Colombia), o foros de discusión en red como *Biblioprogresistas o Biblio-info-sociedad,* etc. Fruto del trabajo de estos colectivos, se celebra el año 2004 en Buenos Aires el I *Foro Social de Información, Documentación y Bibliotecas*, de donde surge la *Declaración de Buenos Aires*. En 2006 se realiza el II Foro Social en México, que tendrá su continuidad en 2008 con el III Foro en Caracas:
I FSIDyB 2004 - Buenos Aires: http://www.inforosocial.net/ *II Foro Social de Información, Documentación y Bibliotecas*. México 2006: http://www.fsidyb2006.inforosocial.net/ Foro discusión Caracas 2008:
fsidyb2008@gruposyahoo.com.ar .

EE.UU, como decíamos, es el país donde, al hilo de la lucha por los derechos civiles, las libertades públicas, feministas o antisegregacionistas, surge en los años 30 del S. XX los primeros indicios de un importante movimiento bibliotecario preocupado por la libertad de información y de expresión, cuyos principios serían recogidos por ALA a través de la *Mesa Sobre Responsabilidad Social* y la *Carta de Derechos sobre la Biblioteca*. Nos lo cuenta Ann Sparenese en el tercer capítulo de esta I Parte. Cuenta más cosas, como la respuesta de los bibliotecarios ante la censura impuesta tras el 11-S por la Patriot Act, la I Conferencia de Bibliotecarios de Color, etc. Les aconsejo vivamente la lectura en este capítulo de cómo la propia Ann Sparanese reveló a través de un foro profesional estadounidense que la editorial *Harper Collins* iba a censurar el famoso libro del no menos famoso Michael Moore: *Estúpidos hombres blancos,* pocos días después de producirse los atentados del 11-S. De cómo esa noticia dio la vuelta al mundo, y finalmente el libro tuvo que publicarse.

Naturalmente, no sólo en EEUU, México, Uruguay, Colombia o Argentina hay movimientos de bibliotecarios progresistas. Ma. Jesús del Olmo hace en su capítulo *"Panorama de recursos sobre biblioteconomía progresista en red"* un gran recorrido por países y asociaciones, todas ya en la red, de profesionales de la información preocupados por temas sociales. Así, en Alemania, en Austria, Italia, Suecia, Reino Unido, Canadá o España han ido surgiendo, en diferentes épocas, grupos, muchos de ellos relevantes y conocidos, integrados la mayoría en asociaciones profesionales de sus respectivos países, como es el caso de ALA en EEUU. En IFLA se constituyó el *FAIFE o Comité por el Libre Acceso a la Información y por la Libertad de Expresión,* inspirado en el art. 19 de la Declaración Universal de Derechos Humanos sobre el derecho de todos los ciudadanos al acceso y a la libertad de información y de expresión; o el *Grupo de Discusión sobre Responsabilidad Social,* también de IFLA, surgido en 1997, con el fin de *"afrontar la creciente brecha entre ricos y pobres en información"*, y cuyos objetivos son estudiar y poner los medios para superar la brecha informacional y digital, trabajando por la equidad en el acceso, el desarrollo de bibliotecas rurales, la reducción de tarifas, la alfabetización informacional o la cooperación bibliotecaria norte-sur. Asimismo, diversos grupos de bibliotecarios en distintos países por la integración y no discriminación de personas disminuidas, inmigrantes, excluidos sociales u homosexuales, como la Mesa Redonda de Gays, Lesbianas, Bisexuales y Transexuales, o el Grupo de Acción Feminista, ambos de ALA. Foros de discusión, listas de correo, portales, páginas web, blogs, conforman en la red un tupido entramado de bibliotecarios, podemos decir, *llenos de volcanes*.

En la II Parte, *La privatización del conocimiento,* la bibliotecaria británica Ruth Rikowski y yo mismo, nos ocupamos en sendos capítulos, *Globalización, bibliotecas, información y compromiso social,* y *El*

conocimiento no es una mercancía, respectivamente, de los crecientes procesos globales de privatización y mercantilización del conocimiento en todas sus facetas, y del rol que podemos y debemos jugar los profesionales ante el fenómeno de la globalización neoliberal y sus consecuencias en el ámbito de la extensión y difusión de la cultura y de la ciencia. Rikowski pone el acento en el papel que juegan la OMC, el FMI, el BM, y particularmente el AGCS y el ADPIC (Acuerdos sobre los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio) en el desmantelamiento de los servicios públicos en general y de los servicios de información, archivos, museos y bibliotecas, en particular. Rikowski advierte de la constante conversión de
servicios básicos imprescindibles para las personas, como la sanidad, la educación, el transporte, la vivienda, el agua, la educación, o el acceso a la cultura o a la información, en bienes privados sujetos a leyes de oferta y demanda, en mercancías. Así, el ADPIC, que es un acuerdo, como el AGCS, suscrito en el marco de la OMC, protege, por ejemplo, a las grandes empresas farmacéuticas, empresas de patentes, o a grandes grupos editoriales o distribuidores y proveedores de información científica electrónica, por encima de los creadores o de los propios productos, sean medicamentos u obras de creación, donde lo sustancial, lo que se protege verdaderamente no es el derecho del autor sobre su obra, sea investigador clínico, inventor o creador, sino el comercio que se deriva de ello. Tal es así que, por ejemplo, el artículo 8 del Acuerdo alude a la posible
necesidad de adoptar medidas adecuadas *"para impedir el abuso de los derechos de propiedad intelectual por parte de sus propios propietarios"*. Los *desastres de la guerra* conforman la III parte donde sus autores exponen y analizan las terribles consecuencias que los conflictos armados tienen para el acervo cultural e histórico de los pueblos y para su memoria. Lo que se conoce como *memoricidio*. No en vano decía Borges que "*Quemar libros y erigir fortificaciones es tarea común de los príncipes*". Quien comienza quemando libros termina quemando personas, como hemos podido comprobar en épocas no tan lejanas.

Fernando Báez no pretende infundirnos el pesimismo de la razón en su capítulo pero sí una toma de conciencia de lo que lleva ocurriendo desde, al menos, el año 3400 a.C que se data la primera desaparición de piezas escritas en el templo de la diosa Eanna de la ciudad egipcia de Uruk, desaparición que no fuera por catástrofes naturales sino por la invasión de ese templo. A partir de ahí, la destrucción de libros y toda suerte de objetos culturales y artísticos ha sido una constante en la historia de la humanidad, hasta hoy mismo.
40 siglos atrás, un himno babilónico de guerra cantaba las alabanzas no sólo de las ruinas de una ciudad sino de su infraestructura cultural. En efecto, el principal objetivo de cualquier ejército, junto con aniquilar al enemigo, es acabar con su cultura y su memoria albergada en los museos y en los archivos y bibliotecas.
Ninguna época de la historia, prácticamente ninguna civilización, ningún pueblo, se ha librado de las ruinas de buena parte de su cultura. Allí donde ha habido guerras, invasiones, revueltas, colonizaciones, conquistas... libros, obras de arte, edificios de museos o bibliotecas han sido pasto de las llamas o de las bombas. La Biblioteca de Alejandría, la Biblioteca de Constantinopla, testimonios culturales de mayas, aztecas, incas destruidos por los conquistadores españoles, labor que la Inquisición continuó en ambos mundos, y un largo etc., jalonan la historia de la infamia. Historia que no se detiene en el s. XX con la quema de libros por los regímenes nazis o estalinista, por los dictadores latinoamericanos aquí en Chile, en Argentina, en Uruguay, en Paraguay, en Brasil, la desaparición de la Biblioteca Nacional de Sarajevo, etc., ni en los albores del XXI con las ruinas de la Biblioteca Nacional de Bagdad y la pérdida de más de un millón de libros y joyas bibliográficas con màs de mil años de antigüedad, como el Libro de Medicina de Averroes, junto con decenas de bibliotecas públicas, universitarias, centros de investigación, escuelas en todo Iraq; la destruccipon de bibliotecas, escuelas, universidades, centros culturales por los bombardeos israelitas en El Líbano el pasado año, el lento exterminio de Palestina, de su cultura, de sus vestigios... Podemos hablar de *bibliocidio y de bibliocastia* para referirnos a la destrucción de libros, de testimonios culturales. Por no hablar de bibliotecarios asesinados o desaparecidos en guerras y en regímenes totalitarios, como en Argentina, en
Uruguay, aquí mismo en Chile...

Destruir o quemar arte o libros es también una metáfora de algo peor, advierte el novelista y poeta español José Manuel Caballero Bonald, *"representa algo más que un mandamiento atroz: es una nueva metáfora de la esclavitud"*. Blanca Calvo y Ramón Salaberría, a la sazón comisarios de la exposición B*iblioteca en guerra* que destapara, tras 70 años de silencio e ignorancia, la vesania de la Biblioteca Nacional de Madrid y de bibliotecas públicas, universitarias (como la biblioteca de filosofa y letras de la actual Complutense de Madrid), casas del pueblo, ateneos obreros, escuelas, etc., destruidos por las bombas franquistas durante

la guerra civil española, retratan espléndidamente en su capítulo *"Bibliotecas de una república en guerra, o cuando el fusil de hoy es garantía de la biblioteca de mañana"*, el panorama de las bibliotecas españolas en
tiempos de la II República, período sin duda el más fecundo de la historia de España para la cultura, para la ciencia y el arte y la educación, y por supuesto, para las bibliotecas, y aún diría para la democracia y las libertades. Y retratan ese esplendor sucumbido bajo la vileza del nacional-catolicismo o del falangismo, versión hispana del fascismo. De cómo bibliotecarios republicanos arriesgaron su vida, muchos dándola, para salvar los libros y las bibliotecas; otros más sufrieron cárcel o exilio.

Precisamente del exilio bibliotecario e intelectual habla en su capítulo la profesora de biblioteconomía de la Universidad Carlos III de Madrid, Rosa San Segundo, de cómo la flor y nata del pensamiento científico y humanista español tuvo que sobrevivir en tierras americanas, chilenas, argentinas y mexicanas, porque nunca
tuvo cabida, y aún hoy con cierta dificultad, en la España de *la muerte a la inteligencia*, en la España del *que piensen ellos*, del integrismo católico, la España de los puños y las pistolas falangistas. Los bibliotecarios republicanos en México, junto con todos los demás exiliados, sobrevivieron gracias al excelente recibimiento y cuidados del gobierno de Lázaro Cárdenas, amigo de la República española, quien acogiera al Gobierno republicano en el exilio.

"Nos enterró el olvido", expresó con honda tristeza la bibliotecaria española Teresa Andrés. Represión, exilio, exterminio cultural, bibliocidio, memoricidio... En España, 32 años después de acabada una larga y cruel dictadura fascista de cuatro interminables décadas, el olvido y la ignorancia se han incrustado en el imaginario colectivo de los españoles, que una transición ha tenido el dudoso honor de perpetrar. Las víctimas de ese régimen continúan, aún hoy, sin ser resarcidas en su totalidad, las decenas de miles de desaparecidos continúan enterrados en las cunetas o en las entradas de iglesias y cementerios con el vil afán de ser pisoteados durante años y años. Monumentos, nombres de calles, aún de pueblos, emblemas, escudos, blasones franquistas permanecen en calles, iglesias y edificios civiles y militares de cientos de villas y ciudades españolas. Los responsables de tanta ignominia nunca fueron juzgados, quienes aún viven,
probable, seguramente no lo serán.

A las familias de los combatientes republicanos, de los represaliados o fusilados, se les niega el más elemental derecho a informarse de sus antecedentes, de su historia, del pasado que los arrumbó en el ostracismo. Ahí estamos nosotros, con nuestra cuota de responsabilidad. En 2005, Amnistía Internacional dio la voz de
alarma sobre lo que estaba ocurriendo en España. En su Informe "*España: poner fin al silencio y a la injusticia"*, Amnistía Internacional constata los crímenes de guerra y contra la humanidad cometidos entre 1936 y 1975 (año de la muerte del dictador Franco), considerados crímenes imprescriptibles por las Convenciones de La Haya y de Ginebra, siendo la única versión oficial la del bando vencedor (Hablamos del año ¡¡2005!!).

Por ello, Amnistía Internacional recomienda, además de resarcir a las víctimas, reconocer su calidad de tales, anular las sentencias de la justicia franquista por las cuales se condenaron a muerte y se ejecutaron a miles de republicanos, *"elaborar listados de recursos documentales para asegurar el acceso de familiares de víctimas a los archivos de competencia estatal", o "adoptar medidas para preservar los archivos y pruebas relativos a crímenes contra el derecho internacional perpetrados durante la guerra civil y el régimen franquista, para impedir la sustracción, destrucción o falsificación de los archivos, procediendo a su inventario y catalogación".*

De todo ello se deduce la enorme importancia que cobra la deontología profesional, la necesidad de un código ético de archiveros, bibliotecarios, y de todos los profesionales que tenemos la responsabilidad de ofrecer y facilitar información veraz y fidedigna a los ciudadanos. Más, si cabe, en casos como el que estamos viendo, tan cercano a Uds., a fin de garantizar el derecho a la información a las víctimas de represión estatal, según los principios establecidos por Naciones Unidas, como el *derecho inalienable a la verdad, el derecho de recordar, el derecho de las víctimas a saber, medidas de preservación de los archivos o su consulta, o cooperación de los archivos con los tribunales y comisiones extrajudiciales de investigación*.

De todo lo anterior, y de bastantes cuestiones más de enorme interés, escribe con todo rigor Genaro Luis García López, historiador, bibliotecólogo, profesor de la Facultad de Biblioteconomía de Salamanca.

No otra es la misión del bibliotecario y de las bibliotecas, de los archivos, los centros y servicios de información y documentación: proporcionar toda la información requerida por el usuario, cualquiera que sea su finalidad, si bien, las bibliotecas, tradicionalmente, se han ocupado de ofrecerla para su transformación
en conocimiento.

La biblioteca pública, nos dice nuestro buen amigo José Antonio Gómez, doctor en filosofía, ex decano de su Facultad de bibliotecología en la Universidad de Murcia, actual profesor, experto en Alfabetización Informacional (creador del acrónimo *Alfin),* la biblioteca pública nace como concepto en el siglo XIX con una pretensión socializadora de la cultura impresa, inspirada en el espíritu de la Ilustración, bajo la máxima kantiana *sapere aude:* atrévete a saber, atrévete a conocer, ten el valor de usar la razón, atrévete pensar.

La idea de lograr un acceso universal a la educación, cuya base es la alfabetización –aún hoy una quimera para millones de personas en las partes más olvidadas, *tan sólo* el 80 por ciento del mundo-, favoreció un incremento progresivo de lectores, lo cual justificó la aparición de la biblioteca pública por el prohibitivo coste de los libros para la inmensa mayoría de las gentes. Libros que aún hoy día son un lujo en muchísimos países, como lo es la cultura y la educación, lujo que, sin duda, se incrementaría si finalmente lograsen imponer la estulticia del canon al servicio que, por tradición y por propia naturaleza, ha sido gratuito, como tantos otros servicios bibliotecarios, el préstamo de libros. La extensión bibliotecaria ha sido y es, por ello, tarea consustancial a la biblioteca pública, y aún también a la universitaria, cuya finalidad es acercar todos sus
servicios a todo tipo de usuarios, tal y como promulga la Unesco (lo citamos de nuevo) en su Manifiesto sobre la biblioteca pública, *la universalización de su acceso, al margen de raza, sexo, preferencia sexual, edad, religión, nacionalidad, idioma, creencia, condición social, etc.*

Desde la promulgación del Manifiesto, han sido numerosísimos los foros con sus declaraciones, informes, recomendaciones, etc., abundando en la urgencia de superación de brechas informacionales, de conocimiento y digitales y el rol que juegan las bibliotecas en este quehacer también de superación de la exclusión social.

Así, el Manifiesto de Alejandría suscrito por IFLA (2005), proclama que *las bibliotecas y servicios de información contribuyen a la adecuada puesta en práctica de una sociedad de la información incluyente. Capacitan para la libertad intelectual dando acceso a información, ideas y obras de imaginación en cualquier medio y por encima de fronteras. Ayudan a conservar los valores democráticos y*
los derechos civiles universales con imparcialidad y oponiéndose a cualquier forma de censura.

Por otra parte, las directrices de FAIFE sobre Internet, tomando como punto de partida el mencionado art. 19 de la Declaración Universal de Derechos Humanos, señala que *las barreras creadas por el origen étnico, el sexo, la sexualidad, la discapacidad física o mental, el logro educativo, la situación de empleo, o la*
posición económica, son responsables de la exclusión de muchos ciudadanos. Las bibliotecas, como proveedoras de acceso a la información en la comunidad y en la sociedad en su conjunto, pueden tener un papel muy potente a la hora de asegurar que los miembros socialmente excluidos de la sociedad puedan obtener ventajas de los beneficios por la tecnología de Internet y desempeñar un rol activo
en sus comunidades.

150 años después de su aparición, la misión de la biblioteca pública sigue siendo la misma, con una evolución acorde a las demandas sociales y una adecuación al entorno tecnológico. Sus servicios mantienen el mismo fin kantiano ilustrado, cual es, posibilitar que los ciudadanos puedan ejercer con libertad su propia razón, facilitando para ello la información de forma gratuita, como servicio público, a fin de transformarla en conocimiento, es decir, de ilustrar la razón y enriquecer el pensamiento, todo ello para mejorar a la persona y, en consecuencia, la sociedad.

Para recordarnos y mostrarnos que la biblioteca pública es también la biblioteca de los diferentes, nuestro querido amigo y colega de la Complutense, Javier Pérez Iglesias, director que fuera de la revista *Educación y Biblioteca*, redacta con su magisterio y especial amenidad el capítulo *Bibliotecas e inmigrantes o cómo mirar a nuestros usuarios sin anteojeras,* conforma también esta IV Parte "para la diferencia". Así, no sólo inmigrantes, que en el caso europeo llegan a las costas del sur de España o de Italia en misérrimas pateras quienes no perecieron en su travesía a la esperanza, también gentes de otros colores, de otras religiones, de
otras sexualidades, de otros modelos normativos diferentes al blanco, heterosexual, rubio, de familia tradicional, etc. Para cuanta diversidad presente y futura de seres humanos vivos existe están hechas también nuestras bibliotecas, nos cuenta con su particular gracejo nuestro querido amigo, quien detalla ejemplos
y analiza circunstancias diversas, para finalizar con un ejemplo meridiano de cómo una red de bibliotecas públicas puede contribuir de manera esencial al exterminio de la marginación, de la droga, la violencia y la miseria: el caso de Medellín, Colombia.

Porque la biblioteca como institución de servicio público, que es decir de servicio a las personas, de satisfacción de derechos civiles elementales, es útil y es necesaria al progreso social y a la democracia. Pero a la sociedad y a la democracia también le es útil y necesaria una institución como la biblioteca. De
todo ello y de mucho más nos hablan los tres autores que reflexionan profunda pero nítidamente en la V y última parte del libro: *Biblioteconomía para la democracia*: los colegas mexicanos Felipe Meneses Tello, bibliotecólogo y filósofo, director de la Biblioteca de Matemática de la UNAM, profesor tambièn de esta universidad, y Zapopan Muela, maestro en bibliotecología e investigador en Sheffield (R.Unido) y mi querido amigo, llegado a las bibliotecas por el camino de la Psicología (él y Freíd sabràn cómo), ciencia de la que es doctor, también ex decano de la entonces Escuela, hoy Facultad de Biblioteconomía de la Complutense, profesor admirado por sus alumnos, excelente persona, comprometida donde las haya, e investigador.

Felipe Meneses, en su capítulo U*n análisis bibliotecológico-político: bibliotecas, democracia y ciudadanía,* estudia el papel que desempeñan las instituciones bibliotecarias en el Estado democrático, como fuente clave para la obtención de conocimientos sobre los derechos y el cumplimiento de responsabilidades sociales
y políticas de mujeres y hombres en su condición de ciudadanos. Pues "las bibliotecas –afirma Alberto Manguel- sirven para conferir al mundo una apariencia de sentido y de orden".

Zapopan Muela escribe sobre las *Contradicciones éticas de las responsabilidades sociales en la bibliotecología*, partiendo de la crítica de algunas contradicciones éticas en el seno de la misma ética y de las responsabilidades sociales en general y particularmente en la bibliotecología. La idea central para el debate que propone Muela es que los profesionales de la información documental deberían asumir responsabilidades sociales hacia la transformación política de la sociedad buscando la justicia e igualdad social, en definitiva, socializar la humanidad y humanizar la sociedad.

Pedro López, coordinador también de la obra, defiende en su capítulo *La formación ciudadana en biblioteconomía y documentación: España y el Espacio Europeo de Educación Superior,* la necesidad de atender la dimensión de ciudadanía en la formación universitaria de los estudiantes de Biblioteconomía y Documentación, apoyada en diversas declaraciones internacionales pero ignorada en la universidad española. Por otro lado, se repasan declaraciones del ámbito bibliotecario que señalan el papel de las bibliotecas en la extensión de la democracia y los valores ciudadanos, y reflexiona sobre la transformación de la
universidad hacia un modelo más acusadamente mercantilista y empresarial bajo la coartada del Espacio Europeo de Educación Superior.

Quisiera terminar esta presentación con las palabras finales del epílogo escrito por
nuestra querida amiga Blanca Calvo:

> *"Comprometerse con la sociedad es hacer frente a las ideas imperantes para defender las cosas en las que uno cree, aunque ello suponga asumir riesgos e incomodidades; pensar más en el avance equilibrado de esa sociedad que en los propios beneficios [...] Comprometerse es, en nuestro caso, abrir las puertas,facilitar el acceso universal y gratuito a los bienes comunes de la creación intelectual, enfrentándonos a todo cuanto se oponga a ello. Si los bibliotecarios no nos*

damos cuenta de eso, pobres de las bibliotecas. Tienen los días contados" O, por último, soñar con Borges *"el paraíso como una biblioteca"*.

Muchas gracias.

Fuente: Gimeno Perelló, Javier (2007) De volcanes llena: biblioteca y compromiso social. Presentación del Libro.. Delivered at Presentación del Libro "De volcanes llena: biblioteca y compromiso social", Santiago, Chile, Universidad Tecnológica Metropolitana, Departamento de Gestión de la Información.. Presentation. http://eprints.rclis.org/archive/00012373/01/De_volcanes_llena_biblioteca_y_compromiso_social.pdf . Los editores de *Crítica Bibliotecológica* agradecen al autor su autorización para la publicación de su reseña. **CB**